

EL DEFENSOR DEL OBRERO

Estudios Sociales

TODO POR LA MATERIA,

NADA POR EL ESPIRITU

Hemos llegado a tal punto en esto de no pensar más que en los medios conducentes a la conveniencia del cuerpo, que por do quiera parece que se respira materialismo, cual si flotara en el ambiente.

Si se mata el hombre a trabajar, es para buscarle comodidades al cuerpo.

Por eso no descansa ni los días dedicados al perfeccionamiento del espíritu.

Para él es más importante el refinamiento de la materia.

Si pone en tortura su imaginación, es con el objeto de discurrir la manera de hacer más venturosa la vida terrena, la existencia material.

Todo se vuelve hablar de la higiene del cuerpo, como si el hombre fuese no más que materia.

Cuidar del cuerpo, curarle sus enfermedades, precaverle para que no las contraiga, ese es el objeto primordial, único en que las eminencias científicas se ocupan.

Para eso hacen falta médicos, cirujanos, especialistas en cada una de las diferentes partes de que el cuerpo humano se compone; y esos médicos, esos cirujanos, esos especialistas no han de ser empíricos, sino hombres de ciencia, con estudios y títulos oficiales.

Para el despacho o expendición de las medicinas recetadas por aquellos hombres científicos, precisanse a su vez quienes posean también títulos y estudios oficiales, no charlatanes hueros que puedan dar veneno por triaca.

Si han de dilucidarse asuntos materiales; si han de arreglarse cuestiones de interés material, los que en ello intervengan han de ser letrados, hombres de leyes, con sus correspondientes diplomas extendidos por la autoridad competente.

Para evitar que un hombre cause a otro daño al cuerpo, hay fuerzas materiales de todas clases.

Para castigar a quien delinque en lo material, existen cárceles, presidios, horcas, jueces, carceleros, verdugos... y nadie puede

originarse en juez, ni convertirse en carcelero, ni oficiar de verdugo por su propia cuenta, sin la autorización correspondiente.

Para sostener e imponer la paz material hay ejércitos armados de mar y tierra; hay cuerpos especiales a ello consagrados, hay institutos, cuya misión única es esa, y no pueden los individuos, ni los pueblos, por sí y ante sí armarse y defenderse sin permiso previo.

Todo para y por el cuerpo; todo para y por la materia.

En orden a lo espiritual es otra cosa.

Allí puede entrar cualquiera a saco.

No se reconoce superioridad ninguna, y el más lego se trueca en maestro sin que nadie le vaya a la mano.

El empirismo, mejor dicho la ignorancia, la osadía, triunfan en toda la línea, quedando relegados a último término los hombres de ciencia.

No se precisa estudio de ningún género para recetar medicinas, ni al recetante se le exige la más mínima responsabilidad.

No hace falta título ninguno para expender venenos que maten el alma.

Cualquiera zoquete indolente se erige en juez inflexible de doctrina espiritual y fulmina sentencias.

El más sandio se atreve a protestar de las disposiciones de la autoridad competente.

El más ignorante apela de las sentencias de esta autoridad, ante el criterio de su libérrima razón.

No sólo huelgan aquí los títulos sino que quien los posee es despreciado y quien los extendió escarnecido.

Se puede infiltrar en las almas ideas de exterminio, sin que los jueces intervengan, ni los carceleros le guarden, ni el verdugo ejecute la sentencia de muerte; pero no se pueden llevar a la práctica aquellas ideas; no se puede exterminar a nadie, porque la teoría mata las almas que nada importan, y con la práctica se asesina el cuerpo, que es lo principal.

Todo por la materia.

Sección gramatical

Quiso cierto coronel, con plausible pensamiento, que todo su regimiento se ilustrase en el cuartel; y los sargentos nombrados quedaron, sin excepción para dar diaria lección instructiva a los soldados. No fué tentativa vana, y en cuanto supieron leer empezaron a aprender gramática castellana.

Un sargento, perro dogo, en cara y en intenciones y por sus explicaciones más perro que pedagogo, de esta manera decía muy serio en cierta ocasión a la sumisa reunión de valientes que instruí:

—«Muchachos, voy a explicar lo que es nombre sustantivo: es nombre... hablando a lo vivo tóo lo que se pué tocar:

Er pelo, er cuti, la boca, los zapatos, los carneses er sable, las municiones por fin, tóo lo que se toca»

Miró después a su gente, y fijándose en un quinto andaluz, dijo:—«Tú Pinto a ver; dos pasos ar frente

Ahora te voy a poné un ejemplo diacrítico, pa que er nombre sustantivo digas en arte cuál é:

«Mucho tino y ojo el cuento Se quema una casa en Cal, ¿Cuál es nombre?»

—«Ahí ni hay sustantivo, mi sargentos»

—«¿Cómo que no?»

—«Claro está.»

—«¿Qué no hay sustantivo?»

—«No.»

—«Y que pierda el tiempo yo esruyéndote, animal!»

—«Pero por vida e San Roque, replica el quinto con fiema,

pues si la casa se quema

¿cómo quisé está que la toque?»

JAVIER DE BUSTOS

Bueno... Y ¿qué?

(Cuento que parece historia)

¡Vay» una tarderita aquella de Enero! El frío, un frío seco, horrible, se metía huesos adentro haciendo castañetear los dientes y empujando el rostro de los pecasos valientes que se habían lanzado a la calle.

—Vaya bueno, Menolo.

—Hola Pascual. Al Circolo ¿eh?

—Sí. El día no conviene a otra cosa.

—Verdad es. Más tarde me tendrá por allá también. Adios.

—Hasta luego.

Y nuestros dos obreros arrebu- jados hasta los ojos en sus capas, continuaron sus caminos.

Pascual era un buen muchacho. En la fábrica en donde prestaba sus servicios se había hecho acreedor a la sincera estimación de sus amos por su inteligencia y honradez. Sus compañeros de trabajo no le querían mal.

Y digo no le querían mal en lugar de decir le querían bien, porque Pascual no era de la última cuerda que los otros en cuanto a convicciones religiosas; él las tenía bien arraigadas y en los demás había de todo... apáticos, indiferentes y hasta atucados por ciertas doctrinas con las que nuestro obrero no andaba muy conforme... que digamos.

Pascual era de un carácter frívolo, abierto de genio y... sin embargo aquél día no parecía el mismo. Algo le pasaba que traía al hombre preocupado y caviloso. ¡Vaya por Dios! Siendo él, de suyo, alegre como unas castañuelas, ¡veníase aquella tarde con rostro de día de difuntos!

Sociedad Protectora de jóvenes obreros y comerciantes... Pues señor, sin darse cuenta se había plantado en dos minutos en el Circolo, es decir en su casa. ¡Vaya si era en su casa! Como que allí tenía los mejores amigos y allí se había el asegurado una pensión que vendría muy bien en caso de enfermedad y además entretenía sus ratos del domingo con juegos y distracciones agradables.

Nuestro obrero se metió portadada adentro, medio tropezando con la turbamulta de chicos y grandes que entraban y salían, saltó de dos en dos los peldaños de la ancha escalera y poco después se encontraba en el local del Circolo, un salón confortable y perfectamente decorado.

A la paz de Dios, Menolo Andrés.—¡Uffo el recién llegado, saludando gorda en mano, a un sacerdote alto y delgado, que no lejos de la puerta, conversaba amistosamente con algunos socios del Circolo.

—La pesas con todos, hijo mío—contestó el ministro de